

Obviamente, no puedo conocer lo que la gracia divina trabajaba en mi alma, sino sólo por estos efectos que producía. Lo evidente es que, desde esos primeros momentos del encuentro con el Beato Josemaría, sentía una sensación nueva de felicidad y me parecía que, sólo con aquellos instantes, había discurrido mucho tiempo de trato con él. Pero no es ésta una impresión sólo mía. Otras personas, a lo largo de los años, me han hablado en el mismo sentido.

Comida en el Patronato de Santa Isabel

Minutos después pasamos a una habitación más amplia, rectangular. Había en el centro una mesa alargada. Aunque no estoy seguro, tengo el vago recuerdo de que no era realmente una mesa, sino más bien dos caballetes, sobre los que descansaban unos tablones, cubiertos con varios manteles. A los lados, junto a las paredes, había cuatro o cinco petates de soldado, colchonetas envueltas en

Vale la pena

mantas. En un rincón, una lámpara de las de pie y dos o tres silloncitos de madera con asientos de mimbre blanco. En la estancia estaban ya algunos hombres jóvenes: Santiago [3], el hermano menor del Padre, Isidoro Zorzano, y dos o tres más, también con uniforme militar, cuyos nombres no recuerdo, y cuyas fisonomías también se me han borrado bastante.

Se inició una animada comida. El Padre pedía a los presentes noticias de otros muchachos que habían participado en la labor de formación cristiana impartida principalmente desde la Academia DYA [4] y luego desde la Residencia de Estudiantes de Ferraz. Estaba vivamente interesado por saber de sus vidas y por recuperar el contacto con ellos. Eran muchos los nombres que se mencionaban y diversa la suerte que habían corrido.

Pronto fui entendiendo más a fondo la razón de aquellas preguntas del Padre: su afecto y cariño humano y sobrenatural por todas las personas a quienes había tratado sacerdotalmente y cuyo contacto había truncado la guerra civil y la separación de España en dos zonas. ¿Qué habría sido de cada uno de

Vale la pena

ellos durante los tres años terribles del conflicto? Y, además, pasado éste, le urgía recuperar el tiempo para llevar a la realidad el cumplimiento de la soberana Voluntad de Dios que desde el 2 de octubre de 1928 había visto con tanta claridad: *hacer el Opus Dei*, en frase suya repetida muchas veces. El Padre se sabía instrumento para extender el mensaje del Opus Dei entre los hombres de todas las culturas, haciendo del trabajo y de las demás circunstancias de la vida ocasión de encuentro con Dios. Su existencia no tenía otra finalidad: cumplir, y sin demora, lo que Dios quería.

De acuerdo con lo que fue tónica general de su vida, los años de guerra habían sido de incesante oración y sufrimiento, de fortísima penitencia. La acción apostólica, aunque nunca interrumpida, se había visto frenada por las dificultades obvias. Acabada la contienda era el momento de darle un nuevo y vigoroso impulso, sin abandonar ni un ápice la oración y la mortificación. El celo por las almas y el sentido de responsabilidad de *cumplir un mandato imperativo de Cristo* –también en frase suya, escrita muchos años atrás–, le impulsaban a restablecer los contactos de

Vale la pena

antaño y a emprender otros. De estas cosas me fue ilustrando Pedro en el uno o dos días que aún pasamos en Madrid y, sobre todo, en el viaje inmediato a Calatayud.

La conversación en el improvisado comedor del Patronato de Santa Isabel se mantenía en un tono a la vez serio y muy jovial. Yo estaba como quien ve un partido de tenis: pasando la mirada de un punto a otro de la mesa, a medida que intervenían los comensales. De vez en cuando, el Padre se dirigía a mí, indudablemente para que no me sintiera extraño entre tantos desconocidos: era un detalle de su extraordinaria delicadeza. Aun sin poder seguir la conversación por falta de antecedentes, aquella *séance* me resultaba muy agradable. No es quizá fácil de explicar por qué, pero así era. La sobremesa duró poco. Me parece que el único que no tenía nada que hacer era yo. Los demás se fueron marchando pronto. Quedamos solos Santiago Escrivá y yo.

Hace poco alguien me preguntaba:

—¿Qué comieron aquel día?

Vale la pena

–No lo recuerdo, tuve que responderle.

–¿Y quién servía la mesa?

Aquí ya puedo hacer alguna precisión: Nadie. Yo estaba situado de espaldas a la puerta de la habitación. De vez en cuando veía que alguno de los comensales se levantaba, iba hacia la puerta y –sin salir– volvía con alguna fuente, que iba corriendo de sitio en sitio para que cada uno se sirviera. No se me ocurría, obviamente, interesarme por más. Por lo que voy a narrar a continuación podrá deducirse –yo mismo lo he hecho– cómo se resolvía este pequeño detalle por el que se interesaba mi interlocutor.

Encuentro con la madre y la hermana del Padre

El Padre me condujo, junto con Santiago, a la cocina. Era relativamente amplia, con hornillos antiguos, de los que tenían una especie de parrilla por arriba y un boquete cuadrangular por un costado, por el que se car-

Vale la pena

gaba de astillas o pequeños carbones. Allí estaban Doña María Dolores Albás [5], madre del Beato Josemaría, Carmen Escrivá [6], su hermana, y nadie más. Me presentó, no recuerdo con qué palabras, aunque pienso que mi identidad fundamental era la de ser hermano de Pedro Casciaro, y se marchó. Ellas estaban todavía con la fregaza de cuanto habíamos utilizado en la comida. Sin dejar de trabajar, entablamos una conversación muy animada y cordial.

Era una curiosa tertulia formada por Doña María Dolores, de 62 años de edad, Carmen, de 40, Santiago, de 20, y yo de 15, bastante cumplidos. Aunque no conocía de antes a ninguno de los tres, me sentía como en mi propia casa. Doña Dolores, Carmen y Santiago me trataban con exquisito cariño y me ofrecían gran intimidad. Iban pasando diversos temas, entre ellos, como ocurría por aquellos días, los avatares de unos y otros en guerra. Ellos sabían de mi situación y fueron lo suficientemente sabios y prudentes para referirse a ella con discreción e, incluso, quitar toda posible preocupación por mi parte, pues no sabíamos

Vale la pena

aún a ciencia cierta qué habría pasado con mi padre.

Recuerdo a Doña Dolores sencilla y elegante a la vez, cariñosa sin afectación, con una cara sin arruga alguna, una tez limpiísima, muy guapa, con el pelo ya blanco –que contrastaba con el aire mucho más juvenil del resto de su porte–, y recogido atrás en un sencillo y gracioso moño. Ese mismo aspecto y atavío los mantuvo hasta su fallecimiento en abril de 1941. Mientras conversaba, no paraba de trabajar; primero, como he dicho, ocupada con Carmen en la fregaza; después ambas se pusieron a repasar ropa. También recuerdo a Carmen en aquellos momentos. Como su madre, participaba en la conversación, con sencillez y elegancia, amable, con buen humor. Santiago estaba, quizá, algo más callado, pero también intervenía.

Hacia las cinco de la tarde entró de nuevo el Beato Josemaría en la cocina. Dirigiéndose a Santiago le preguntó si le parecía que había pasado el tiempo suficiente para merendar. Respondió afirmativamente y, a continuación, me lo preguntó a mí, que compartí la opinión de Santiago. Entonces, Doña Dolores y Car-

Vale la pena

men nos prepararon una apetitosa merienda. De ésta sí que me acuerdo: un bocadillo de jamón y café con leche. Tras las escaseces de guerra, todavía nos supieron más a gloria. El Padre se marchó inmediatamente. Ellas, sin dejar de coser, siguieron la ágil conversación. Pero fue por poco tiempo. El Padre volvió a entrar y preguntó a Santiago si disponía de un rato para enseñarme algo de Madrid. Era la segunda vez que yo estaba en la capital, pero prácticamente resultaba una novedad, pues la primera había ocurrido en un viaje rápido con mis padres, cuando tenía unos 8 años, para ver a Pedro, que comenzaba por entonces sus estudios de Arquitectura.

Un paseo por Madrid con Santiago Escrivá

Santiago dio toda clase de facilidades y salimos de inmediato. Entre otros lugares, me llevó a ver la parte de la Ciudad Universitaria que había sido escenario de guerra hasta hacía aproximadamente un mes. Había zonas que ya se podían visitar, pues los artificieros del